

piá e insuficiente, el conjunto de estas condiciones de vida acarrearán al niño un estado de «anergia crítica», que le hacen incapaz de resistir la menor infección); por fin, los niños portadores de *ganglios en el cuello*, de la llamada *micro poli adenopatías, raquíticos y atacados de tuberculosis quirúrgica* (mal de Pott, coxalgia, osteoartritis, adenitis fistulizadas).

Pero, insisto, no basta etiquetarlos entre los relacionados para enviarlos sin más al clima marino, antes es condición inexcusable puntualizar bien para cada caso particular, si dicho clima le es *perjudicial, indiferente, deseable o necesario* al niño que se nos confía.

En la montaña encontramos factores climáticos diferentes: rarefacción atmosférica y presión baja; pureza del aire, ausencia de polvo y de microorganismos, irradiación luminosa intensa y de mayor duración; frío seco; grandes variaciones de temperatura (del día a la noche; del sol a la sombra).

Consecuencia de ello el clima de altura —alrededor de los mil metros— «produce en el organismo una serie de modificaciones que representa una verdadera regeneración física».

El oxígeno del aire entra en los pulmones a menor tensión, lo que obliga a respirar hondo, paralelamente los latidos del

corazón se aceleran y la distribución de la sangre se modifica, hay una verdadera regeneración sanguínea intensiva, con aumento del número de glóbulos rojos y de la cantidad de hemoglobina que contienen; a la vez se estimulan fuertemente las funciones cutáneas, la digestión y la nutrición. Todo ello acompañado de excitación nerviosa primero, de adaptación con euforia, después.

La *mediana* y la *gran infancia*, raramente presenta contraindicaciones al clima de altura. En principio, todo niño de salud buena o relativa, puede enviarse a la montaña. Los que escapan a la regla, los «intolerantes de altitud» son la gran excepción.

La intolerancia puede ser debida alguna vez al cambio brusco del mar a la montaña, sin las precauciones de rigor, durante la primera semana a lo menos.

Porque los niños ante la altura, como en la alimentación y en tantos órdenes de cosas, reaccionan de manera bien distinta a como lo hace el adulto. Por eso en muchos casos —al revés que el hombre— presenta deficiente fuerza de adaptación a la montaña y es sensible a estas desnivelaciones, como a la mayoría de las meteóricas (desnivelación barométrica, térmica, higrométrica, solar, eléctrica, etc.) y otras. Lo cual exige el reposo adecuado durante el periodo